

Donación de cuerpos a la ciencia

# SU CADÁVER TAMBIÉN PUEDE CONVERTIRSE EN PROFESOR DE ANATOMÍA

Aunque actualmente no existe un déficit de donantes de cadáveres para investigación en Chile, los encargados del proceso a nivel académico valoran la apertura del criterio en el país y lamentan la falta de un trámite más expedito para miles de interesados. “Al igual que lo que ocurre con la donación de órganos, acá no se trata de un tema que resuelva la legislación, sino la socialización de esa donación”, dice el doctor Miguel Soto.

Por Javier Salas B. / Fotos: Felipe PoGa

**D**e vez en cuando, la solemne clase de anatomía en el auditorio José Joaquín Aguirre de Medicina en la Universidad de Chile es interrumpida por una visita de honor. La señora Dubilia pasa a saludar después de sus exámenes médicos en el Hospital Clínico y detiene un interesante relato sobre litiasis vesicular para entregarle berlines al profesor Miguel Soto, jefe de laboratorio y encargado del programa de Donación de Cuerpos del Programa de Anatomía y Biología del Desarrollo del Instituto de Ciencias Biomédicas de la Universidad de Chile. Ante la mirada dura del retrato del médico que le da nombre al lugar, el maestro les presenta a sus alumnos a una de las generosas damas que han donado en vida su cadáver para que ellos tengan de quién aprender en la práctica.

Probablemente, los jóvenes volverán a encontrarse más adelante con la señora de los berlines en la mesa de disección. Ya sin la pintura de uñas. Desnuda, fría y con esa humectada perfección del rostro que tienen los cuerpos preparados. “Siempre les recuerdo a los chiquillos las palabras de José Joaquín Aguirre, quien dijo que ‘el docente es el cadáver’. Ese es un mensaje subliminal del cuerpo que te habla de responsabilidad y respeto. Es algo que va más allá de las palabras.

No es necesario decírselo a los cabros, que aunque son jóvenes y pueden reírse y comentar cosas en el día a día, en el pabellón son sumamente respetuosos con el cuerpo”. Soto agrega que ese respeto se ve en el aprovechamiento del material que descansa en contenedores y una treintena de mesones ubicados en el subterráneo del edificio.

A 120 kilómetros de ahí, en Valparaíso, Patricio Palma (68), jubilado y ex trabajador de la morgue del Centre Hospitalier Universitaire Vaudois en Suiza, recorre por cuarta vez el plano del puerto buscando alguna notaría donde le informen sobre el trámite para la donación de su cadáver. Los años de circo en Europa, donde llegó por su cuenta a los 30 años, le dieron a entender que el avance de las ciencias médicas descansa sobre la noble donación de un bien escaso: el cuerpo humano.

“Aunque igual hay déficit, allá no hay un temor sobre qué van a hacer con el cuerpo de uno o el devenir de sus partes. La gente dona su cadáver porque sabe que es una forma de asegurarle a la comunidad mejores médicos y procedimientos. También se veía escasez de donantes, pero era un tema menos conflictivo”, explica. Cuenta que en Suiza las escuelas enseñan a los niños que exis-

**“Nuestro material y equipo tienen como misión mejorar la calidad de vida de las personas. Por ejemplo, contamos con tejidos producto de las donaciones que son utilizados para el entrenamiento de especialistas de cirugía plástica para dominar la técnica del trasplante de cara”, dice el profesor Miguel Soto.**

te esta opción y se naturaliza un tema como la muerte o la donación de órganos y cadáveres con charlas y material publicado en hospitales y clínicas.

A Palma le extraña que en Chile los medios tomen el tema como anécdota o con un sentido tétrico. A su juicio no se orienta debidamente sobre el procedimiento para legar su persona a la ciencia y esa búsqueda le ha hecho perder varias mañanas de jubilado. “Me dicen que el documento cuesta 2.500 pesos, pero no me escuchan, creen que quiero donar los órganos o simplemente se encogen de hombros cuando les explico lo que necesito. Hasta me han mandado a la morgue”, reclama.

Lo cierto es que el sistema para donarse a la ciencia es bastante expedito, pero exige tener las cosas claras. Al año, entre 30 y 40 personas declaran sus intenciones de donarse a la ciencia. Pero en la práctica son menos los que llegan. El profesor Miguel Soto explica que la mayoría de las universidades recibe cuerpos para investigación en sus carreras de la salud.

Pero en el caso del programa de la Universidad de Chile, el uso de ese material cadavérico donado trasciende a la

institución. “Nuestro material y equipo tienen como misión mejorar la calidad de vida de las personas. Por ejemplo, contamos con tejidos producto de las donaciones que son utilizados para el entrenamiento de especialistas de cirugía plástica para dominar la técnica del trasplante de cara. La importancia de una institucionalización de la donación es clave para estandarizar técnicas como estas que no se han hecho nunca”, dice sobre la inusual materia prima. A unos metros, como si fuera un zapatero, un docente se encorva sobre una pierna humana y separa capa a capa las secciones del empeine. La pieza yace sobre una bandeja metálica y un colchón de gasas donde agujas y suturas sostienen las superficies como una carpa a medio levantar. El anfitrión del paseo con olor a formalina indica que el concentrado profesional es un médico voluntario que dona también parte de su tiempo para que los alumnos puedan llevar adelante sus prácticas más adelante.

Otras casas de estudio priorizan una perspectiva valórica o económica y utilizan modernos softwares, réplicas o encargan sus piezas de estudio al extranjero dada la complejidad de contar con un programa de donan-

tes y conservación de cadáveres. “Son programas espectaculares donde usas tecnología de última generación para ver cómo es el encéfalo, sacarle la corteza, ver sus núcleos en detalle, girarlo y verlo en una animación 3D, pero cuando pones un cerebro real sobre la mesa, ahí está toda la anatomía. Ese es todo el tema y se acabó la pelea”, compara Soto mientras recorre una galería de congeladoras donde se mantienen diversas amputaciones de pacientes diabéticos que han donado sus partes. Completa el laberinto del lugar una galería de formas humanas que duerme bajo sábanas verde petróleo como una pesadilla adolescente de terror.

Pero viendo más allá de las sábanas, el profesor recuerda a quien desee escuchar que cada cuerpo tuvo un nombre y una ocupación. No sólo en vida, sino también en el pabellón de clase: el profesor Esteban, la abuelita Norma o la familia Correa que se ha donado ya durante tres generaciones.

El eco del doctor se corta por una cita de colegio. Un curso biólogo de cuarto medio realiza una visita guiada que acabará en el legendario Museo de Anatomía del edificio. El profesor valora el silencio y contrición de los chi-



**“Acá la donación se realiza a título gratuito, pero sigue siendo muy caro morirse”, lamenta el profesor Soto. La experiencia le ha demostrado que en muchos casos donarse suele ser un ahorro. Razón suficiente para ceder el cuerpo, creen muchos de los que integran el archivo de donantes.**

cos que se enteran sobre la labor académica de los cuerpos bajo la sábana.

### CABEZAS DE 500 DÓLARES

Para quienes no gozan del favor académico, existen mercados en un libérrimo país al norte del mundo donde los cuerpos se compran en vida o son los familiares de un fallecido quienes reciben un estipendio bajo diversos giros en la factura. Grandes almacenes mantienen cabezas, hombros, cuellos, brazos, piernas, torsos y cuerpos completos congelados como un supermercado orgánico hasta donde acude la industria automotriz en busca de pilotos para pruebas de choques, los departamentos de estudio de compañías de seguros para verificar cuán difícil es cobrar una prima por desmembramiento, la industria bélica que requiere reclutas sin miedo para testear nuevo

armamento o una interminable lista de clientes. Al menos la flexible moral estadounidense faculta que los restos mortales de un donante puedan servir tanto para la docencia, estudios forenses o utilizarse para conseguir piel para estiramientos faciales o alargamientos de pene en multitudinarios congresos médicos de Miami.

El precio de una cabeza humana desde estas bodegas es de 500 dólares y se puede comprar por internet para ensayos de prótesis, realización de cursos de cirugía o el estudio. Internarla a Chile puede rondar los mil dólares y el producto viene documentado hasta la aduana, donde solo puede ser recibido por una institución de salud avalada por el Seremi.

Recientemente, la Contraloría Regional de Arica detuvo una licitación pública de la Universidad de Tarapacá que

buscaba dotar de material a su futura Escuela de Medicina que abrirá sus puertas el 2015. La autoridad consideró incorrecto que partes de cadáveres “sean objeto de contratos de índole comercial”, según su réplica. Panorama que complejiza más la obtención de cuerpos para investigación universitaria.

“Lo raro es que miembros y cadáveres sí pueden ingresar al país de manera legal y por aduana, incluso pagan impuestos”, reclama la académica de la Universidad de Tarapacá, Andrea Larrázaval quien explica que la dificultad de contar con material para la carrera se enfrenta también “con una legislación que no lo facilita y que hace más difícil el aprendizaje de la anatomía para los nuevos médicos de regiones”, sostiene.

“La donación en Chile se realiza a título gratuito, pero sigue siendo muy caro



Model of the human brain, showing the cerebral cortex and the underlying structures.

morirse”, lamenta el profesor Miguel Soto. La experiencia le ha demostrado que en muchos casos donarse suele ser un ahorro. Razón suficiente para ceder el cuerpo, creen muchos de los que integran el archivo de donantes. El simple y noble gesto de ser útil después de la muerte, una necesidad de trascendencia o una práctica reflexión en torno a no ser comida de gusanos no son las únicas razones para entregarse a la docencia anatómica.

-Llegó-, le dice con un gesto de urgencia la secretaria del Instituto de Anatomía al doctor Soto. Le extiende una hoja que el doctor toma en sus manos como si fuera el santo sudario. Se trata del formulario en que una madre entrega a su hijo que falleció durante el parto en una clínica del sector oriente de Santiago al programa de donación de cadáveres.

“Hay muchas motivaciones por las cuales las personas toman una decisión como ésta. Todos son motivos que uno no tiene por qué cuestionar. A algunas mamitas les produce una profunda pena conocer al hijo que no alcanzó a vivir, otras veces se da el caso de que no hay una pareja que apoye a la mujer que vive esta pérdida o simplemente se trata de una familia que no tiene dinero para costear un servicio fúnebre”, dice el médico. “Muchas veces la decisión nace desde ellos mismos, lo que rara vez ocurre es que alguien persuada a la familia de donar un cuerpo”.

Dentro de las razones que Soto escucha toda vez que sus donantes se reúnen en los homenajes en vida que la universidad realiza van desde quienes encuentran inoficioso ir a parar al cementerio al de otras personas que sufren de claustrofobia y prefieren terminar de espaldas en el pabellón que dentro de un ataúd. También otras aún más folclóricas.

“Un señor que asistió a la ceremonia de gratitud que hacemos acá, después de un par de vinos de honor me reconoció que el verdadero motivo por el cual donaba su cuerpo era que desde joven había sido muy picado de la araña y hoy tenía varias “capillitas” fuera de su matrimonio. Lo que él quería era que para su muerte su esposa no se extrañara por la cantidad de mujeres llorándolo encima del cajón. Uno debe pensar en ese deseo de la persona en primer lugar. Somos un país religioso donde el tema de la muerte pesa mucho. No somos europeos ni an-

glosajones para despreocuparnos sobre el destino de nuestro cuerpo”, sintetiza.

En cualquiera de los casos, ser donante no priva a las familias de velar a su ser querido. El valor del luto es un tema estudiado en medicina y algo que no se deja al azar. Cuando el donante fallece, la familia informa al Instituto de Anatomía, que pone en práctica el protocolo de recuperación del cuerpo una vez que pasa el velorio y el llanto. Si es verano, se le hace un mínimo proceso de conservación en la cavidad torácica para que el calor no estropee el cuerpo.

El Instituto se encarga de contratar el transporte del cuerpo, que por lo general viene incluido en el servicio funerario de todo seguro de vida. Se evita en todo momento dejarle esa responsabilidad a empresas funerarias que puedan lucrar en medio de un proceso delicado. Incluso se han dado ocasiones en que el mismo encargado del proyecto cubre con sus cheques el traslado del cuerpo luego del velatorio cuando no hay seguros de por medio.

El perfil tradicional del donante solía ser el de una persona mayor, ya curada de espanto y con esa extraña vocación del bien colectivo. Eric González (64) se enteró de que al ser diabético no podría ser donante de órganos así que optó por entregarse completo una vez muerto. Se ríe con cierta cuota de humor negro y agrega que lo más probable es que se vaya donando por partes dada su condición. “Creo que la donación no es un gesto de generosidad ni algo para que a uno lo canonicen. Es un acto de sentido común que deja algo en

vida para que la sociedad avance, para que un cuerpo limitado pueda seguir generando acción después de muerto. Cuando fui a donarme, me costó llegar, pero es un trámite simple que exige después aclararle a todo el mundo cuál es tu última voluntad, en este caso donarse

a los médicos y estudiantes. Yo se lo recomiendo a mis amigos y familiares, sobre todo a los que están en las últimas”, sigue riendo.

Al igual que el porteño Patricio Palma, González está en el listado de cerca de 300 donantes en vida y en su momento se encontró con esa falta de información que suele ser propia de una generación menos dada a *googlear* sus necesidades.

**El perfil tradicional del donante solía ser el de una persona mayor, ya curada de espanto y con esa extraña vocación del bien colectivo. Eric González se enteró de que al ser diabético no podría ser donante de órganos así que optó por entregarse completo una vez muerto.**

## MANUAL DEL DONANTE

¿Dónde hay que firmar?, ¿con quién se puede conversar sobre el tema?, ¿Qué destino le darán a mi cuerpo?, se preguntaba don Patricio Palma. Y siempre regresaba a su casa en Rodelillo, Cero Barón, sin respuestas. Recomendado por una amiga en Estados Unidos, llegó al programa de donación de la Escuela de Anatomía de la Universidad de Chile.

Ahí, el encargado del programa le explicó que la donación de cadáveres está contemplada en el Código Sanitario, que en su artículo 146 expresa que “toda persona plenamente capaz podrá disponer de su cadáver, o de partes de él, con el objeto de que sea utilizado en fines de investigación científica, para la docencia universitaria” y otros.

Para formalizar la entrega en vida, basta con acercarse a la Escuela de Anatomía (Avenida profesor Zañartu 1130, Independencia) o contactarse con los responsables a través de su portal web.

En el lugar se puede obtener el formulario con la declaración jurada para rellenar en cualquier notaría. El texto, que lleva el membrete de la Universidad de Chile, deja expresa constancia de que la decisión es libre, espontánea y que se lleva a cabo bajo palabra de honor. “Al igual que lo que ocurre con la donación de órganos, acá no se trata de un tema que resuelva la legislación, sino la socialización de esa donación”, dice el doctor Soto.

Cuando se trata de donantes de regiones también se puede obtener el formulario de donación vía correo electrónico, pero Miguel Soto recomienda, “¡Dónese allá!”. Respecto a las dificultades del traslado de un cadáver por rutas chilenas y para que no se pierda el gesto, insiste en informarse sobre programas de donación en universidades locales como la Universidad de Magallanes, por ejemplo, con la que anatomía de la Universidad de Chile colabora permanentemente. “Si es una universidad del Consejo de Rectores, mucho más recomendable”, sostiene.

Si bien el trámite debería ser gratuito, las notarías se deslindan del acto altruista y cobran su tarifa de legalizar la donación de órganos. Finalmente se hace llegar el documento al equipo del doctor Miguel Soto y se le adjunta una copia de la cédula de identidad por ambos lados para crear una ficha del donante. Desde entonces, la única obligación de quien dona su cadáver a la ciencia es socializar su voluntad entre quienes le conocen para que llegado el momento, la familia no se desentienda de su decisión póstuma. A cambio obtiene una credencial de donante que es de mayor utilidad para quienes no tienen familia o viven solos.

El doctor recomienda que con letra manuscrita se le agregue al dorso alguna indicación sobre los deseos del donante de tener o no un funeral. En este último caso, se flexibiliza el trámite de donación por expresa petición del interesado desde ultratumba. “Más allá de que se pierda o gane un cuerpo, para nosotros siempre será una pérdida que se vaya contra la última voluntad de una persona”, dice. †

